

Euskadi: renovación e innovación

por **D. José Antonio Ardanza**

*Conferencia pronunciada
el 10 de octubre de 1995*

Forum Deusto

Euskadi: renovación e innovación

por D. José Antonio Ardanza*

Gracias, en primer lugar, a los organizadores del Forum Deusto por su invitación. Gracias, más sinceras aún, porque su invitación se ha producido además después de que en la última ocasión les dejara plantados, muy a mi pesar, con las invitaciones impresas y cursadas. Veo que no me guardan rencor por ello y que mis disculpas, que ahora les reitero, fueron admitidas.

Me van a permitir que, en esta sesión inaugural del ciclo, continuado bajo el mismo título de «Hacia una nueva sociedad: innovación y cambio», me acerque al tema central de su elección desde una perspectiva más concreta que teórica, más «pragmática», si quieren, que «dogmática» —por jugar con la contraposición entre «pragma» y «dogma»—, más política, en definitiva, que intelectual.

Creo que es la contribución que de mí, como Lehendakari de esta Comunidad, más pueden ustedes esperar y que yo, como profesional de la acción política, mejor puedo realizar. Dejo así que sean ustedes quienes escuchen y critiquen mis palabras desde su propia perspectiva

* El Lehendakari del Gobierno Vasco, José Antonio Ardanza Garro, nació en Elorrio (Bizkaia) en 1941. En 1968 se licenció en Derecho por la Universidad de Deusto. Del 69 al 83 fue responsable de la Asesoría Jurídica de la Caja Laboral Popular, así como de las empresas que integran el grupo cooperativo de Mondragón. Su trayectoria política ha estado siempre vinculada al Partido Nacionalista Vasco. En 1979 fue elegido Alcalde de Mondragón, cargo que desempeñó hasta 1983. Este mismo año fue designado Diputado General de Gipuzkoa. Estuvo al frente de la Diputación Foral hasta 1985, fecha en que fue nombrado Lehendakari del Gobierno Autónomo por el Parlamento Vasco. Ha sido elegido Lehendakari en tres ocasiones: en 1987, en 1991 y en 1995, tras las correspondientes elecciones. El lehendakari Ardanza impartió una de las primeras conferencias del Forum-Deusto, el 28 de noviembre de 1989, en el ciclo «La vida democrática: la política y el ciudadano», siendo el primer conferenciante del Forum que ocupa su tribuna por segunda vez.

universitaria. Pienso que es esta interacción entre nuestros dos mundos, distintos, pero comprometidos con la misma realidad, la que más eficazmente puede contribuir a alcanzar los objetivos que desde su inicio se ha propuesto este prestigioso Foro de debate y reflexión.

Estamos viviendo momentos de notable confusión. Tanta que resulta difícil hasta describirla. Voy a tratar, sin embargo, de hacerlo, aún a sabiendas del riesgo que uno corre al intentar caminar por la oscuridad.

Procederé por aproximaciones sucesivas, acercándome desde lo más distante a lo más próximo. El método, aunque un tanto artificial, porque, como veremos, resulta hoy día muy difícil distinguir entre lo lejano y lo cercano, nos servirá al menos para introducirnos en nuestra propia realidad inmediata, la vasca, con la necesaria perspectiva.

Empecemos por Europa. Hasta los más jóvenes de este auditorio recordarán la euforia europeísta que recorría nuestro Continente hace todavía cuatro o cinco años. Había caído el Muro de Berlín en 1989. Alemania se reunificaba en menos de un año, un tiempo récord, casi impensable. Se derrumbaba el imperio y la ideología comunista, y se disolvía la Unión Soviética. Acababan la guerra fría y la política de bloques. Surgían, con asombrosa tranquilidad, nuevos Estados, obligando a reimprimir el mapa de Europa, que quedaba una y otra vez obsoleto en cuestión de meses, lo que constituía una experiencia que nosotros, los europeos, sólo habíamos vivido en el proceso de descolonización de África. Eran momentos en los que casi todo parecía posible.

En la Europa occidental se hablaba abiertamente, y sin apenas reticencias, de unión política, incluso de federalismo europeo, de soberanía compartida hasta en los núcleos más duros de los Estados-nación, como son el de la defensa y el de la política exterior, por no hablar del Sistema Monetario Europeo. Se firmaba, ya para entonces con cierta conciencia de excesivo voluntarismo, el Tratado de Maastricht, en el que la fase de la mera «cooperación intergubernamental» parecía quedar definitivamente superada. Europa se abría optimista a una ampliación casi ilimitada, dando la impresión de que era realizable la idea de una Europa unida desde el Mediterráneo hasta los Urales.

Todo esto ocurría además o, quizá mejor dicho, ocurría porque Europa se encontraba envuelta en el optimismo de aquella espectacular recuperación económica, que comenzará a despuntar en la segunda mitad de la década de los 80.

El sentimiento de euforia europeísta no era, por otra parte, exclusivo de la clase política. También los ciudadanos y, sobre todo, los líderes

de la opinión pública y de la intelectualidad se dejaron contagiar del optimismo de los políticos. Se llegó a hablar, con evidente exageración, del «fin de la historia» y se abrió un vivo debate sobre el significado y el sentido o sinsentido de tal expresión. Con mayor realismo se escribieron libros sobre el resurgir y hasta «la venganza de las naciones», y raro era el día en que la prensa diaria no publicara un par de artículos de opinión con reflexiones, de tono claramente optimista, sobre la nueva fase que se inauguraba para Europa y el mundo.

La defensa de posturas «euroescépticas» estaba reservada, en aquellos años, a la excentricidad —en el sentido literal de la palabra— de la política británica, que comenzaba a resultar insoportable hasta para los mismos Conservadores. ¿No fue precisamente el 28 de noviembre de 1990 el día de la dimisión de Margaret Thatcher? La relación que tal hecho guardaba con las posturas aislacionistas de la dimisionaria es conocida de todos.

Pues bien, han pasado cuatro, cinco o seis años desde aquellas fechas. Tiempo breve, en verdad. Pero lo importante no es el poco tiempo que ha pasado, sino lo mucho que ha pasado en tan poco tiempo. Examinémoslo por encima.

Ya en el año 91 Europa comienza a presentir el acercamiento de una crisis económica tan profunda como inesperada. El mismo Tratado de Maastricht se firma con la sensación de que se ha ido demasiado lejos. Dinamarca fracasa en su primer referéndum de aprobación y Francia lo supera por los pelos.

El Sistema Monetario Europeo, nacido para ser invencible, se resentía ya ante los primeros ataques financieros de envergadura. La libra y la lira abandonan. La peseta resiste, pero a cambio de verse puesta en su sitio.

Europa se amplía de doce a quince miembros, pero Noruega se niega a ser el número dieciséis. La Convergencia económica, que se mantiene aún como objetivo, se enfrenta a un futuro dudoso. La Europa de «dos y tres velocidades» o de «geometría variable» comienza a ser una expresión común y comúnmente aceptada como inevitable.

Al otro lado —porque, a pesar de la caída del Muro y del derrumbe comunista, todavía sigue habiendo «otro lado»— las cosas no van como se esperaba. Van, más bien, como se temía. La Federación Rusa no se estabiliza, sino todo lo contrario, y en su periferia brotan explosiones bélicas, como la de Chechenia, que pueden ser sólo el inicio de un futuro aún más incierto.

Más cerca, aquí mismo, en el corazón de Europa, justo allí donde se han cocido algunos de sus más tremendos conflictos bélicos, explota en abril de 1992 una guerra étnico-religiosa, que la Unión Europea no supo ni prevenir ni reconducir. La Europa políticamente unida se demuestra, más que ineficaz, inexistente, y se gana a pulso su desprestigio ante el exterior y, lo que es aún peor, ante sus propios ciudadanos. Este tremendo traspás de la política europea en la guerra de los Balcanes constituye, en mi opinión, uno de los puntos de inflexión en el vertiginoso paso del eurooptimismo al europesimismo.

En este último estado de ánimo nos encontramos hoy. Nadie habla ya de «federalismo europeo». Nadie habla ya siquiera de política europea. Hemos vuelto a los tiempos previos a la Unión, en los que Europa no era más que la Comunidad Económica Europea. Lo que hace sólo cinco años era la «excentricidad» británica parece haber ocupado hoy el «centro». La anormalidad de entonces es la norma de hoy. ¿Dónde están hoy los líderes europeos que proclamaban a diario la conveniencia de avanzar hacia un proyecto político para Europa? Todos han hecho mutis por el foro, dejando a los ciudadanos huérfanos de cualquier liderazgo.

Porque, de aquellos líderes europeos de los 80, unos, como Mitterrand o Margaret Thatcher, viven apartados de la actividad política. Otros continúan, pero con serios problemas de política interior en sus propios países. Algunos incluso, retirados de la vida política activa, están atravesando momentos sumamente delicados para su propio futuro personal. Y ese liderazgo perdido no ha encontrado aún sustitución. Los Estados se han retraído hacia sus asuntos internos, y la política europea ha quedado abandonada, casi en exclusiva, a la gestión rutinaria de la Comisión.

De este modo, en la sociedad europea se ha perdido —espero que no para siempre— un claro referente de ilusión. Más aún. La pérdida de tal referente ha coincidido además —no sé si como causa o como efecto— con un momento de profundo descrédito de la acción política, concentrado, sobre todo, en el área de los países mediterráneos, descrédito que, junto con otros problemas graves de orden social, ha contribuido a alimentar un clima, no ya de europesimismo, sino de pesimismo general puro y duro respecto de la política.

Si esto ocurre o, mejor, nos ocurre en el ámbito más distante de la Unión Europea, la aproximación a nuestra realidad más cercana no nos sirve de consuelo. Me refiero ahora a la realidad que vivimos en el Estado español. No voy a detenerme mucho en este punto. De un lado,

porque casi todo ha sido ya dicho. De otro, porque yo mismo me he pronunciado en extenso y reiteradamente sobre el asunto. Basten, por tanto, un par de apuntes.

Por lo que se refiere a la situación española, lo primero que a mi entender hay que decir es que la gravedad objetiva de los hechos y la alarma subjetiva de la ciudadanía van armoniosamente unidas de la mano. Nadie debería quejarse en este caso de desproporción o de desmesura de la reacción social. El hastío, la desesperanza y el pesimismo de la población no contienen ni un gramo de exageración respecto de los hechos que alimentan tales sentimientos. Me atrevería a decir que esta vez, con las excepciones estadísticamente esperables, los medios de comunicación han cumplido con creces su función mediática, logrando equilibrar el nivel que ha alcanzado la realidad objetiva y el de la reacción subjetiva de la ciudadanía.

En segundo lugar, y reflexionando sobre por qué se ha llegado adonde se ha llegado, parece inevitable constatar un hecho, a saber, que nuestro sistema político ha aprendido en dieciocho años todos los vicios que a las viejas democracias europeas les ha costado muchos decenios —a algunas de ellas incluso siglos— desarrollar, y que tan rápido aprendizaje no ha ido acompañado del simultáneo desarrollo de los mecanismos necesarios, si no para prevenir del todo los vicios, sí para desalojarlos eficazmente del sistema.

Nos encontramos así con un buen sistema institucional, formalmente equiparable al de cualquier país democrático europeo, pero con unos hábitos de uso todavía deficientes. Si me permiten la comparación, yo describiría la situación en los siguientes términos: nos hemos hecho con una maquinaria moderna, compleja y eficiente, dotada de un buen número de piezas importadas, pero todavía no nos hemos leído bien ni hemos aprendido suficientemente el manual de instrucciones para su correcto manejo y mantenimiento.

No quiero que esto quede en mera metáfora retórica, sino que sirva para entender y explicar la realidad. Trataré, por tanto, de desarrollarla.

No se ha sabido usar, por ejemplo, ni respetar siquiera, un mecanismo tan elemental de la maquinaria como es el de la estricta división de los tres poderes constitucionales. Por el contrario, el más poderoso de todos ellos —el más poderoso, digo, en cuanto a la inmediatez de su acción, aunque no quizá a medio y largo plazo—, me estoy refiriendo al poder ejecutivo, ha interferido e invadido los otros dos, provocando

una debilitación de los controles que previenen y corrigen las desviaciones del sistema.

Si hay que buscar responsables de este abuso, resulta inevitable apuntar, en primer lugar, a quienes, durante un período de tiempo muy prolongado, han interpretado la mayoría absoluta otorgada por las urnas, no sólo como un mandato para gobernar de acuerdo con la Ley, sino también como si se tratara de una invitación a ocupar los máximos espacios de poder posible, estuvieran éstos o no incluidos en el mandato popular.

Dicho esto, no conviene olvidar, sin embargo, que el de la ocupación desmedida del poder y de los diversos poderes ha sido un juego consentido y compartido, a veces, por la misma oposición, que, con escasas excepciones, ha encontrado en él el modo de saciar también sus propias apetencias o necesidades.

Esta ocupación indebida de los distintos poderes, por parte, sobre todo, del ejecutivo, ha contribuido también a lo que ha venido en llamarse «judicialización de la política» o «politización de la justicia», así como a la confusión entre responsabilidades políticas y penales. Se ha logrado de este modo «embarullar» un sistema, que, si algo pretendía en su origen, era precisamente dejar bien claras sus reglas de funcionamiento.

Junto a estas disfunciones, no por formales menos importantes, o, quizá mejor, como causa concurrente de estas disfunciones, se ha desarrollado un proceso de abusiva «pragmatización» de la acción política, así como de otras actividades, que ha acabado expulsando del espacio político los referentes éticos e ideológicos, para sustituirlos por la eficacia cortoplacista como criterio supremo de actuación. Quien importó el proverbio chino de «gato blanco o gato negro, lo que importa es que cace ratones», supo expresar mejor que nadie el significado y el alcance de esta nueva actitud. Pero me temo que no ha sido el único que la ha puesto en práctica.

Porque la pérdida de referentes éticos y su sustitución por un pragmatismo puro y duro —el «todo vale» en una palabra— no son exclusivas del poder ejecutivo ni siquiera de la política en general. Son actitudes que han impregnado todo el cuerpo social, desde la actividad financiera y empresarial hasta la producción intelectual, pasando, como es evidente, por ese otro poder que se oculta tras los medios de comunicación.

Pero, volviendo a la política, esa acción combinada de mayorías abusivamente ejercidas, de connivencias tácitas o activas de la oposi-

ción, de confusión de poderes, de pérdida de referentes éticos e ideológicos, y de pragmatismo desaforado ha ido construyendo unos espacios de supuesta impunidad, en los que algunos ciudadanos han podido llegar a sospechar que, para ciertas personas y organizaciones, la Ley no era más que una proclama necesaria para el consumo público y un obstáculo a evitar en la actividad privada.

El juicio puede sonar muy duro, hasta excesivamente duro, quizá, en boca de un gobernante. Pero, si no es en estos términos, les invitaría a pensar en otros que definieran mejor lo que ha ocurrido, por ejemplo, en casos como la financiación de los Partidos, la proliferación de casos de corrupción de responsables públicos, el uso y abuso de los servicios de inteligencia o los desmanes en la lucha antiterrorista.

Este era el sentido realista que pretendía dar a la metáfora de la maquinaria y de su funcionamiento, cuando la aplicaba a nuestro sistema y al uso que se ha hecho de él. Yo tengo la esperanza de que, salvada la integridad de la maquinaria, seamos capaces todos de aprender mejor y de interiorizar las instrucciones que hacen posible su correcto manejo y su adecuado funcionamiento. De momento hemos aprendido ya que el aprendizaje de hábitos democráticos es más costoso que redactar una Constitución.

Pero lo que ahora me interesa subrayar es el reflejo de esta situación en la percepción social. La población española percibe hoy, y desde hace ya un par de años, un empantanamiento de la acción política, cuyo casi único movimiento consiste en un braceo desesperado por salir del atolladero en que ella misma se ha metido. Y ya comienzan a no distinguirse los movimientos de quienes luchan desesperadamente por salir y los de quienes, con la misma desesperación, se mueven para enfangar aún más al adversario.

Ante este espectáculo tan prolongado, el hastío, la desesperanza y la frustración son los sentimientos más naturales en una sociedad normal. Y, cuando uno ve estos días, en un programa como el de «La Transición», cuál fue la intensidad con que la política se erigió en referente de orientación y participación de la población hace menos de veinte años, uno no se sorprende de que el retraimiento a la esfera privada, el desentendimiento de la actividad política y el pesimismo generalizado estén siendo hoy la tónica de la sociedad española. Y estos sentimientos, que en origen nacieron como reacción ante el espectáculo político, tienden luego a proyectarse sobre toda la realidad sin distinción. Todo, absolutamente todo, es juzgado bajo el prisma de ese sentimiento originario de desesperanza y pesimismo.

Si nos acercamos ahora a esta sociedad nuestra más cercana, a nuestra sociedad vasca, vemos cómo ella también está impregnada de ese mismo pesimismo. No podía ser de otra manera. Por singular que sea y por mucho autogobierno que posea, esta sociedad vasca vive en el Estado español, comparte con la sociedad española muchas de sus preocupaciones y modos de pensar, está inmersa en la misma situación política general, por la que se ve profundamente afectada, y se alimenta de los mismos medios de comunicación que el resto del Estado.

No sólo eso. La sociedad vasca tiene además sus propios problemas de integración política, de identidad nacional disociada, de reorientación de su economía tradicional y recuperación de sus niveles de bienestar, de desempleo y de violencia. Sobre esa percepción de sus problemas específicos ha venido a proyectarse ahora esa sombra de pesimismo compartido con su entorno, que no hace sino oscurecer aún más su propia realidad. Se tiende a juzgar así desde esa actitud de pesimismo generalizado nuestra propia realidad vasca y se proyecta sobre ella una sobrecarga de sentimientos negativos que no tienen su origen en ella y que, en un horizonte general más despejado, no resultarían fácilmente explicables.

Basta leer y escuchar los medios de comunicación para darse cuenta de hasta qué punto es esto verdad. Debido quizá también a esa mezcla de tremendismo y narcisismo que parece caracterizarnos, se pronuncian a diario palabras exageradamente negativas sobre nuestra sociedad, que, analizadas objetivamente, poco tienen que ver con su auténtica situación. «Crispación», «violencia», «enfrentamiento», «disgregación», «desvertebración» y otras expresiones del mismo tono son conceptos al uso, que se aplican acrítica y globalizadamente a nuestra específica situación vasca, sin siquiera someterlos a la prueba de su verificación o falsificación en la realidad. El tópico se está convirtiendo en moneda corriente a la hora de reflejar la supuesta realidad de este País. Y, con ello, de lo que es una sociedad con innegables problemas se está haciendo una sociedad esencialmente problemática.

Yo, señoras y señores, no veo así nuestra realidad. Y les invito a abandonar por un momento esa actitud tan negativa —si es que ustedes también la comparten— y a darse, por así decirlo, una vuelta mental conmigo por la Euskadi que yo veo. Verifiquen ustedes mismos si esos conceptos de «crispación», de «enfrentamiento», de «desvertebración» y de «falta de entendimiento» en general son tan aplicables a nosotros como a nuestro entorno o si no son en realidad producto de

un sentimiento generalizado de pesimismo y frustración, que no tiene precisamente su origen en nuestra concreta realidad.

No niego nuestros problemas. Ahí están, en un lugar muy destacado, el desempleo y la violencia. Hablaré de ellos más adelante. Pero sí cuestiono la sombra de negatividad que, tomando pie de nuestros problemas reales, está proyectándose sobre todos los rincones de nuestra sociedad. Me niego, en definitiva, a perder la perspectiva.

Cuando se juzga la actual situación de la sociedad vasca, algunos parecen afectados de una amnesia total respecto del pasado más reciente. Tomemos algunos ejemplos.

Hablemos, para empezar, de cohesión social en la vertiente que ha sido tradicionalmente más problemática entre nosotros: la lingüística y cultural. Y yo me pregunto. ¿Habla hoy alguien sin sonrojarse en este País de peligro de enfrentamiento o siquiera de división entre dos comunidades? Pues hace no mucho tiempo este asunto formaba parte del debate político y social.

Hoy el discurso sobre el mestizaje cultural de nuestra sociedad, la asunción del biculturalismo vasco como un hecho natural, los esfuerzos reales por avanzar hacia actitudes integradoras de enriquecimiento mutuo, en vez de enfrentamiento de culturas, son posturas básicamente compartidas, que han dejado ya de ser problema en el debate político y social. Asumido el fondo del asunto, el debate se ha racionalizado y versa hoy sobre los aspectos más manejables, como son los ritmos y los modos de avanzar hacia una cada vez mayor integración. Sirva de botón de muestra, importantísimo, la serenidad con que está siendo aceptado el bilingüismo en el sistema educativo. El desplazamiento progresivo de las matriculaciones hacia modelos bilingües o euskaldunes es la mejor prueba de ello.

Fijémonos ahora en la capacidad de entendimiento y acuerdo. Se habla de nosotros, desde fuera y desde dentro, como una sociedad políticamente desarticulada, excesivamente fragmentada, casi atomizada. Pues bien, la evidencia no se puede negar. En una sociedad en la que coexisten dos conciencias de pertenencia nacional y, por tanto, dos proyectos políticos diferenciados por esa disociación de la identidad nacional, nadie debería sorprenderse de su mayor complejidad para la articulación política. A no ser, naturalmente, que quien se sorprenda fuera porque le gustaría que uno de los dos proyectos políticos no existiera.

Pero los dos existen. Y, partiendo del hecho de que existen, la pregunta es sobre su capacidad de entendimiento y de acuerdo. Pues bien, de los casi dieciséis años que este País lleva autogobernándose,

dos lo ha hecho mediante un pacto de legislatura y nueve con fórmulas de coalición gubernamental entre las opciones políticas más diversas, entre las que casi siempre han estado presentes sendas representaciones de esos dos proyectos políticos diferenciados.

Miren ustedes ahora el panorama del Estado. Después de las últimas elecciones autonómicas y municipales, allá donde un Partido político no ha alcanzado mayoría absoluta, ha sido incapaz de integrar a otras fuerzas para formar Gobiernos estables, Navarra y Canarias son la excepción, donde casualmente las fuerzas aglutinantes son las nacionalistas o regionalistas. Andalucía es, por el contrario, el paradigma de la incapacidad de entendimiento.

Pero, más allá de pactos gubernamentales, esta Comunidad nuestra, si algo ha demostrado, es una impresionante capacidad de acuerdo en las más diversas áreas de la actividad política y socio-económica. Dos ejemplos más, uno en el terreno político y otro en el socio-laboral.

El Pacto de Ajuria-Enea, que logró aglutinar a todos los Partidos democráticos del País, sigue siendo hoy —e insisto en la expresión— sigue siendo hoy, después de casi ocho años de vigencia, el referente político y social más importante con que esta sociedad cuenta en el proceso de pacificación.

En el terreno socio-laboral. En el seno del Consejo de Relaciones Laborales se pactó un Procedimiento de Resolución de Conflictos Colectivos, entre patronal y sindicatos, que ha servido ya para resolver más de cien conflictos socio-laborales. Hace tan sólo unos días, los mismos protagonistas han firmado un acuerdo importantísimo sobre formación continua, que implica un modelo autónomo, singular en todo el Estado, de gestión acordada de los fondos dedicados a ese fin.

Así, pues, la representación política y sindical está, sí, más fragmentada que en el resto del Estado. Sin duda. Pero nadie podrá negar que, a pesar de esta dificultad añadida, viene demostrando también mucha mayor capacidad de diálogo, de entendimiento y de acuerdo. Euskadi no es, pues, una sociedad políticamente desarticulada.

Hablemos de vertebración territorial. No cabe duda de que en los últimos años han aflorado fuerzas políticas organizadas, que están encontrando en la deficiente vertebración territorial del País la razón de su existencia y de su actividad. Sería, sin embargo, desacertado exagerar.

En primer lugar, porque ninguna de esas fuerzas pone en cuestión la pertenencia común de los tres Territorios a la misma Comunidad,

sino que se limitan a cuestionar, o bien este modelo concreto de institucionalización (caso de Iniciativa Ciudadana en Bilbao), o bien el actual funcionamiento del modelo (caso de UA en Alava).

En segundo lugar, porque la adhesión popular que reciben esas organizaciones políticas, si bien tiene la dimensión suficiente como para estar atentos a sus demandas, no pone en peligro real la vertebración del País. Es susceptible, creo yo, de una reconducción positiva al modelo de vertebración actual, supuesto, claro está, que sepamos responder a sus demandas con tacto y responsabilidad.

Pero hay además una tercera razón, que nos debería servir para desdramatizar la importancia del fenómeno. Parece a veces que olvidamos que la vertebración territorial de Euskadi en una única Comunidad política es un proceso que comenzó a hacerse realidad hace tan sólo dieciséis años. Nunca antes en la historia habían convivido los tres Territorios de Alava, Bizkaia y Gipuzkoa política e institucionalmente unidos bajo un Gobierno y un Parlamento común. Esto debería significar para cualquier observador neutral que la vertebración territorial de Euskadi debería concebirse, no tanto como una realidad acabada, cuanto como una tarea a realizar. Nuestro error ha consistido quizá en que hemos tomado la tarea como si fuera un hecho consumado y hemos procedido, en consecuencia, dando excesivas cosas por supuestas.

Mirado desde este punto de vista, quizá resulte más bien sorprendente —positivamente sorprendente— el grado de vertebración alcanzado en tan poco espacio de tiempo, así como el correcto funcionamiento conseguido por Instituciones tan complejas como el propio Consejo Vasco de Finanzas. Cuando uno contempla el nivel de vertebración territorial que han alcanzado Estados de tradición multisecular como el español, quizá no resulte tan preocupante el balance que nosotros podemos presentar de lo realizado en Euskadi en un espacio tan breve de tiempo. En pocos lugares del Estado español, si es que en alguno, se está dando en estos momentos una cooperación interinstitucional e interterritorial tan intensa como la que se produce entre las Instituciones y los Territorios vascos por la mediación del Gobierno.

En otro orden de cosas, suele hablarse también con frecuencia de la economía vasca como de una economía «en permanente proceso de declive». El otro día, en el debate sobre Política General, tuve ocasión de referirme al actual momento de recuperación económica que atravesamos y señalé cómo nuestra economía crece notablemente por encima de la media española y europea.

Hoy quiero hacer dos observaciones más generales. Aquí va la primera. Si tomamos como referente los años que han pasado desde nuestra incorporación a Europa, resulta que en los dos primeros crecimientos por debajo de la media española, mientras que en los siete restantes lo hemos hecho por encima. A tenor de estos datos, la afirmación de una «economía vasca en permanente declive» no se sostiene.

Pero hay una observación más. Si alguna economía ha sufrido, en razón de sus características estructurales y de los sectores productivos que cultivaba, los efectos negativos de la crisis que se inició en la primera mitad de los 70, ésa ha sido la vasca. Sectores tan fundamentales para nuestra economía como el siderúrgico y el naval han sufrido una reconversión necesaria, pero a la vez brutal. El impacto de tal reconversión en todo nuestro entramado industrial y en el empleo ha sido de una tremenda envergadura.

Pues bien, hoy, además de haber salvado la continuidad de esos sectores productivos tradicionales, hemos dado pasos importantísimos en la diversificación de nuestra industria y en inversiones tecnológicas de alto nivel añadido. Iniciativas como las de ITP, la nueva planta de producción de Mercedes o las actividades aeronáuticas de Gamesa constituyen sólo tres ejemplos de otras muchas iniciativas empresariales, desconocidas para el gran público, que se están dando hoy en Euskadi.

Les voy a dar un dato, para mí muy importante, que apunta a nuestra capacidad de innovación. Tenemos en Euskadi siete Centros Tecnológicos Tutelados. En ellos trabajan más de 800 investigadores. Su facturación a las empresas representa el 50 % de la facturación de todos los Centros Tecnológicos Tutelados de todo el Estado. Pienso que es un dato significativo. En este terreno, Euskadi es conocida como una Comunidad puntera en la Unión Europea.

Pero, en este breve recorrido por Euskadi en el que les he invitado a acompañarme, no quiero limitarme a lo que podríamos llamar la superestructura institucional. Por debajo de ella se mueve y actúa una sociedad. También sobre ella se cargan a veces las tintas, presentándola como una sociedad crispada, amedrentada o inhibida.

Yo, si les soy sincero, no encuentro esa sociedad por ninguna parte. No veo —de verdad, lo digo— cómo puede llamarse inhibida a una sociedad que, por citar sólo un ejemplo, destaca sobre las de su entorno en acciones sostenidas de solidaridad, tales como donación de sangre para transfusiones, donación de órganos para trasplantes e iniciativas

de cooperación con el Tercer Mundo. Seremos probablemente la Comunidad que más ONGs por metro cuadrado y más cooperantes per cápita tiene en todo su entorno.

No veo tampoco por ninguna parte una sociedad amedrentada. Veo, más bien, una sociedad valientemente activa y serenamente beligerante frente a la violencia. Una sociedad que, cada vez que ha sido convocada a una manifestación —y ha sido ya tantas veces—, bien sea desde instancias públicas, bien sea desde sectores sociales, no ha fallado nunca, sino que ha desbordado siempre las calles. En las circunstancias actuales, en las que el acoso callejero de los violentos se está haciendo tan intenso y tan agresivo, las muestras públicas de solidaridad con José María Aldaya y de repulsa contra su secuestro se están haciendo más frecuentes e intensas que nunca. No es esto lo que yo entiendo por una sociedad amedrentada.

Y, si nos fijamos en las expresiones culturales como signo de la vitalidad y de la creatividad de una sociedad, yo me pregunto qué comunidad de nuestro entorno, con poco más de dos millones de habitantes, organiza cada año tres Festivales Internacionales de Jazz, un Festival Internacional de Cine de primera categoría, una Quincena Musical de extraordinario prestigio y participación popular, la mejor Temporada de Opera de todo el Estado y un Festival Internacional de Teatro; mantiene tres Museos de Bellas Artes abiertos y trabaja en la construcción de otro moderno de renombre internacional, por no mencionar las dos Universidades que hoy tenemos con más de 80.000 alumnos matriculados, o la existencia de un prestigioso sector cinematográfico, que ha sido bautizado fuera de nuestra Comunidad con la denominación de origen de «cine vasco».

Bien, señoras y señores, me voy a detener aquí. Me han acompañado ustedes en este breve recorrido. Nos faltan aún un par de parajes oscuros, de los que luego hablaré. Lo que hasta ahora he pretendido es poner de manifiesto hasta qué punto es incierto, y por tanto injusto, seguir emitiendo juicios sobre este País, sobre sus Instituciones y su sociedad, que reproducen tópicos no contrastados de la realidad. He intentado también evitar que, por mor del horizonte ciertamente incierto y oscuro que nos circunda, caigamos en una especie de «depresión endógena», sobrecargando nuestro propio paisaje con las sombras que sobre él se proyectan desde el exterior. Bastante tenemos con las nuestras propias.

Nosotros no tenemos una crisis política endógena. Nuestras Instituciones no están empantanadas. Nosotros no vivimos un momento de enfrentamiento político que nos impida gobernar.

Tenemos, más bien, unos acuerdos políticos serios y estables, que están permitiendo dos cosas fundamentales: de un lado, ofrecer a la ciudadanía y a sus agentes económicos, sociales y culturales un referente de seguridad en el que desenvolverse y, de otro, hacer que las Instituciones públicas elaboren y ejecuten, en un ambiente de serenidad, honradez y eficacia, programas de Gobierno que tienen todo que ver con los problemas de los ciudadanos. Nadie debería minusvalorar este logro en las inciertas circunstancias que nos ha tocado en suerte vivir.

Pero, dicho esto, también debo decir que no soy un ingenuo ni pretendo actuar como un agente de publicidad. He querido subrayar los aspectos positivos de nuestra realidad, pero no pretendo contemplarla con cristales de color rosa. En este sentido, si bien desecho la idea de que nuestra sociedad sea esencialmente problemática, no es porque desconozca los problemas —los graves problemas— que padece. A ellos me voy a referir ahora. Seleccionaré tres que me parecen los más acuciantes.

Hemos avanzado en cohesión social. Hemos alcanzado importantes acuerdos para la gobernación del País. Pero ello no es óbice para reconocer que en este País nuestro nos queda aún un largo camino por recorrer en la consolidación definitiva de un proyecto político común y consensuado. No me refiero ahora a quienes no aceptan el sistema democrático de acuerdos de mayorías. De ellos hablaré más adelante. Me refiero a los que sí lo aceptamos.

Es evidente que en este País nuestro coexisten dos proyectos políticos de fondo, arraigados en una única comunidad, pero con una identidad nacional disociada. Cada uno de ellos concita además adhesiones populares muy importantes. Este hecho crea un grado inevitable de tensión política y, en menor medida, social, que sube y baja intermitentemente de acuerdo con las más diversas circunstancias.

Sería iluso pensar que tanto el hecho mismo como la tensión que genera vayan a desaparecer, en un plazo previsible de tiempo, bien por imposición de un proyecto sobre otro, bien por muerte natural de uno de ellos. Lo previsible es que perduren durante un buen tiempo, a expensas, entre otros, de dos factores. El primero, endógeno, tiene que ver con la propia evolución de nuestra sociedad, que puede ir decantándose serena y paulatinamente en una u otra dirección. El segundo, exógeno, depende de eventuales cambios políticos, que puedan ir produciéndose en el panorama español y europeo, y repercutan en nuestra propia Comunidad.

Ante un hecho de tanta raigambre sociológica, lo que no es justo exigir de la responsabilidad política, como a veces parecen exigir algunos, es que, para evitar la tensión, uno de los proyectos renuncie en favor del otro. Tal exigencia, aparte de no ser realista, supondría una falsa solución del problema.

La responsabilidad política exigible consiste, más bien, en que seamos capaces de desdramatizar el hecho, rebajar los grados de tensión y encauzar el asunto más en términos de «pragma», es decir, de conciliación de voluntades para una pacífica convivencia, que en términos de «dogma», es decir, de confrontación de proyectos para dirimir cuál de ellos «tiene razón». En definitiva, en términos de democracia.

Pues bien, en tales términos situamos precisamente el asunto mediante el acuerdo estatutario. En los mismos términos lo resituamos con el Acuerdo de Ajuria-Enea. Y el mantenimiento de la tensión en niveles soportables para la convivencia democrática va a depender, en consecuencia, del grado de cumplimiento efectivo de ambos acuerdos.

Porque, si uno analiza las intermitentes subidas de tensión que se están produciendo en la vida política vasca estos últimos tiempos, se percata de que casi todas tienen que ver con este equilibrio pactado, que no siempre se mantiene. Así, la constatación de que, dieciséis años después de su aprobación, el pacto estatutario no ha sido llevado a efecto en su integridad, genera necesariamente una subida de la tensión. Igualmente, la verificación de que el Acuerdo de Ajuria-Enea se desmadeja por reticencias hacia sus contenidos, provengan éstas de la parte que sea, provoca también subidas de la tensión política.

Así, pues, en este asunto delicado, que siempre gira en torno al autogobierno y al consenso sobre la fórmula más deseable de articulación política del País, la responsabilidad política nos exige un doble enfoque. Yo lo expresaría de la siguiente manera.

Hay un aspecto del asunto que tiene carácter de reto de largo alcance, mientras que otro se presenta como un problema a resolver en plazo inmediato.

El reto consiste en el objetivo de ir articulando un proyecto político común, que responda a la consolidación de una identidad nacional no disociada. Tomar esto, que es un reto político y social de largo alcance, como un problema que ha de resolverse a corto plazo, y además mediante la intervención política en exclusiva, constituiría un enorme error, que sólo generaría frustración y crispación. A veces ése es el error que cometemos.

En cuanto al aspecto que ha de asumirse como problema a resolver desde la política, consiste en el cumplimiento de lo que realmente se ha acordado ya, en el mantenimiento estricto del equilibrio alcanzado, de modo que la tensión se mantenga en niveles soportables. El Estatuto debe cumplirse en su integridad y el Pacto de Ajuria-Enea ha de respetarse en todos sus contenidos. Esto sí es un problema, que los políticos podemos y debemos resolver.

Además, hoy hay menos razones que nunca para que este problema no se resuelva de inmediato. Hasta hace bien poco se ha podido objetar que la interpretación del Estatuto en clave predominantemente nacionalista impedía la solución acordada del problema. Desde el día 1 de julio de 1993, en que el Parlamento Vasco coincidió en una interpretación mayoritaria del desarrollo estatutario pendiente y, sobre todo, desde que hace unas semanas el Gobierno tripartito concretó aún más esa interpretación común, tal objeción no se sostiene. Los instrumentos para resolver este problema están ya en nuestras manos.

Pero, volviendo al doble enfoque que antes decía, creo que debemos mantener clara la distinción entre esos dos planos de actuación.

Debemos aceptar, de un lado, que nos encontramos ante un reto de largo alcance —la consecución de un proyecto político común para el País—, cuya superación definitiva implica profundos cambios sociales y, en la misma medida, podría exceder incluso de la responsabilidad política exigible a nuestra actual generación.

De otro lado, debemos asumir también que estamos ante un problema, cuya solución a corto plazo consiste en el cumplimiento leal de los compromisos adquiridos y en el mantenimiento del equilibrio pactado entre los dos proyectos políticos de fondo. Esto segundo sí es exigible de nuestra responsabilidad política, y su resolución contribuirá además, y de manera notable, al avance hacia la definitiva superación del primer reto.

Si mantenemos clara esa distinción, lograremos, como decía, desdramatizar el hecho, rebajar la tensión que genera a niveles soportables y situar el asunto en términos más manejables de democracia y de convivencia. No es tarea de poca monta.

Otro grave problema al que se enfrenta nuestra sociedad —otro de esos parajes oscuros de nuestro panorama— es el del empleo. Por mucho que se recupere nuestra economía, el hecho es que nuestras tasas de paro continúan siendo muy preocupantes. No podemos resignarnos a convivir con ellas. Está en juego la dignidad de la persona, la cohesión de la sociedad y el mismo dinamismo de la economía.

No es un problema exclusivo nuestro. Todas las sociedades occidentales, en mayor o menor medida, se enfrentan sin demasiado éxito a la incapacidad de su sistema productivo de generar empleo al ritmo y en la cantidad demandados por la población activa.

Se agrava el problema en nuestro caso por su incidencia exagerada en la juventud. Resulta frustrante pensar que, siendo la juventud de hoy día la mejor formada que nunca haya tenido Euskadi, se encuentre también con más dificultades que nunca para encontrar empleo. Y, si frustrante resulta pensarlo, mucho más lo es sufrirlo en propia carne.

Cuando decimos desde el Gobierno que la creación de empleo constituye nuestra máxima prioridad, estamos declarando nuestra auténtica voluntad. Pero, demagogias aparte, queremos dejar también claro que el problema nos sobrepasa a nosotros y a cualquier Gobierno. No logramos dar con las fórmulas eficaces para resolverlo. La reactivación de la economía, el reparto del trabajo o la introducción de modelos de mayor cooperación en la empresa entre el capital y el trabajo son, sin duda, factores necesarios, pero no suficientes.

Nos encontramos, por tanto, ante un problema, cuya solución va a exigir un cambio profundo de las estructuras económicas y sociales a las que hasta ahora nos hemos habituado. Un cambio de mentalidad y de hábitos de vida. Y, para producirlo en la dirección adecuada y con la rapidez requerida, todas las instancias políticas, económicas y sociales, incluida, por supuesto, entre ellas la propia Universidad, nos tendremos que poner a pensar y actuar sobre ello con la máxima seriedad. Porque, o lo tomamos como un reto colectivo de primera magnitud, o nos tendremos que resignar a convivir con el problema y a buscarle soluciones paliativas que no afrontan el núcleo del asunto.

Nuestra sociedad contiene, finalmente, otro paraje oscuro o, si ustedes prefieren, un «agujero negro», que, más allá de su propia dimensión, tiende siempre a proyectar su oscuridad sobre todo el cuerpo social. Me refiero, como es obvio, a la violencia.

Hay dos aspectos en este asunto que me gustaría distinguir. El primero es la violencia en sí misma. El segundo, sus efectos sobre la política y sobre la sociedad. De este último quiero decir hoy un par de palabras.

Los efectos de la violencia que ejerce ETA y su entorno son numerosos y todos ellos negativos. Ahí están, en primer lugar, por supuesto, las víctimas y sus familiares. Está también, a larga distancia, la pérdida de bienes materiales, el retraimiento de las inversiones, la sensación de

rabia e impotencia de la población, el deterioro de la imagen de todo un Pueblo, etc. Pero uno de los más perniciosos, exceptuado evidentemente el dolor de las víctimas y de sus familiares, es precisamente el que los violentos con mayor ahínco persiguen: su eco publicitario. A éste voy a referirme ahora.

Me temo que, entre nosotros, ese efecto perseguido lo están consiguiendo con creces. La violencia y su circunstancia están prácticamente monopolizando el debate político. De otro lado, no hay hoy noticia en Euskadi que sea capaz de rivalizar en tratamiento periodístico con un cóctel molotov, con el incendio de un autobús o con una contramanifestación de HB. Si algo persigue el llamado MLNV, es hacer creer a todo el mundo y hacernos creer a nosotros, los vascos, que Euskadi está en pie de guerra, que esto es el Ulster, que Euskadi entera está en llamas. «Arde Euskadi» sería el titular más apetecido por ETA y su entorno.

Pues bien, a veces tiene uno la impresión de que les estamos dando el gusto día a día. Me estoy refiriendo además a todos, pero, sobre todo, a políticos y medios de comunicación.

No quiero que me malinterpreten. En Euskadi se ejerce la violencia. Es un fenómeno grave, muy grave. Pero, precisamente por eso, precisamente porque debemos resolverlo, no podemos tirar piedras sobre nuestro propio tejado. Y crispar el discurso político a causa de la violencia, descalificándonos sin piedad entre los Partidos democráticos, es tirar piedras sobre nuestro tejado. Lo mismo que es tirar piedras sobre nuestro tejado regalarles primeras páginas día tras día, no ya por una determinada acción terrorista de impacto, sino hasta por la más peregrina y extravagante declaración del último de sus portavoces. Con estos comportamientos, estamos regalándoles la victoria que ellos mismos no son capaces de obtener.

Como corroboración de lo que vengo diciendo, verán ustedes cómo mañana, si la Prensa recoge algo de esta Conferencia, estas breves palabras dedicadas a la violencia recibirán un tratamiento destacado.

No estoy abogando a favor de echar un tupido velo sobre esta parte dramática de nuestra realidad, que, en cuanto tal, debe ser reflejada en el debate político y en los medios. Estoy abogando por la mesura, la proporción y la prudencia.

Lo curioso es además que estamos regalándoles victorias en el momento que más las necesitan. Porque ETA está hoy más debilitada que

nunca. Repasen, si no, sus acciones en los últimos tiempos y súmenles a ellas sus fracasos. La violencia callejera que estamos padeciendo no es sino una muestra más de la debilidad de la organización terrorista, que necesita que otros llenen los huecos que ella no puede cubrir y provoquen el eco que ella misma no puede provocar. Y las contramanejaciones que organizan no son más que una demostración de su miedo a perder hasta la calle —una vez que han perdido todo lo demás— y un intento desesperado por desviar la atención de un secuestro indigno, que no se sostiene ni desde la perspectiva de la llamada «ética revolucionaria» y que en una organización auténticamente «revolucionaria» habría producido un debate interno de gran envergadura. Hasta esa capacidad han perdido.

Quiero hacerles a este respecto una última reflexión. Ante la violencia callejera de estos últimos tiempos, la gran mayoría social que la ve o la padece, no está reaccionando con una demanda intensificada de soluciones políticas al problema. Todo lo contrario. La demanda es de más presencia policial, más seguridad ciudadana, más dureza judicial. La ciudadanía de bien está viendo en todo esto una cuestión de orden público. Si quienes organizan este tipo de violencia quisieran reflexionar, se darían cuenta de hasta qué punto están metiendo al Movimiento que dirigen en un proceso de derrota política asegurada. Si alguna legitimidad social les quedaba, con estas últimas acciones la están perdiendo definitivamente a los ojos de la sociedad. Y esto debería resultarles extremadamente grave.

Siendo todo esto así, resulta especialmente triste que seamos precisamente nosotros quienes, por así decirlo, les «saquemos las castañas del fuego» con un incorrecto tratamiento de la situación tanto desde la política como desde los medios de comunicación.

Quede, pues, dicho todo esto a propósito de los efectos de la violencia. Sobre esta misma no quiero extenderme en esta ocasión, Como ustedes saben, los Partidos nos encontramos en un proceso abierto de reflexión, que queremos llevar adelante con serenidad y discreción. No quiero ser yo quien rompa esta regla.

Señoras y señores, me toca ya terminar. He tratado de presentarles una realidad circunscrita por tres círculos concéntricos. Europa, Estado y Euskadi. El horizonte europeo y estatal es, a mi entender, incierto y oscuro. Sin pretender que Euskadi sea una isla de paz y prosperidad en ese horizonte, sí he querido insistir en aquellos rasgos de nuestra realidad que dan lugar a la esperanza. No ha pretendido ser la mía una descripción propagandística. Yo creo en ella. Pienso, sobre todo, que

no sería ni acertado ni justo introducir en nuestra realidad un aire de pesimismo que fuera sólo reflejo mimético del entorno exterior.

Nosotros tenemos nuestros propios problemas. He mencionado algunos de ellos. Pero, precisamente porque los tenemos y porque tenemos que resolverlos, es bueno que primero los identifiquemos con claridad y los situemos en sus justos términos. Cometeríamos un grave error si, arrastrados por el ambiente de pesimismo que nos rodea, extendiéramos sobre toda nuestra realidad vasca un manto de pesimismo e impotencia, que nos impidiera distinguir siquiera nuestros problemas de los de los demás.

Euskadi está mejor que hace quince años. Sus Instituciones gozan de una salud razonablemente buena. Hemos demostrado una enorme capacidad de entendimiento y de acuerdo. Contamos con una sociedad serena, solidaria y creativa. Estamos, pues, en mejores condiciones que hace años para enfrentarnos a los problemas que sin duda tenemos. Yo he mencionado tres, que me parecen prioritarios. Cada uno podrá añadir alguno más a la lista. No importa cuántos sean. Lo que importa es que creamos que podemos resolverlos. Hay razones para creerlo. Eso es lo que he intentado hacerles ver en esta conferencia.